

El corazón es extraño

o la atribulada muerte de los vivos

Denise Despeyroux

«Los sentimientos infantiles poseen una intensidad y una profundidad
inmensamente mayores que los del adulto.»

SIGMUND FREUD

Hay cosas que el destino se propone con obstinación. Hay otras que el azar entreteje sin excesivo entusiasmo. Esta es la historia de tres seres empeñados en que la realidad, tan esquiva ella, tan parsimoniosa, se transforme a la medida de sus deseos, y además cuanto antes.

¿Qué es un adulto? No es más que un niño que fracasó.

Personajes:

VIOLETA: Filósofa. Apasionada. Hermana de Andrés. Cree en el amor y en la bondad de los desconocidos.

ANDRÉS: Especialista en bioinformática y ciberbiología. Hermano de Violeta. Cree en los ratones y en los razonamientos simples.

VÍCTOR: Poeta y ex-ciberbiólogo. Amigo de Andrés. Cree que ama a Nadia.

NADIA 2: Clon de Nadia

Nota sobre la puesta en escena:

La acción transcurre en el salón de Andrés y de Violeta. Es un espacio que está impregnado del alma de Violeta. Todos los muebles y objetos que hay en él deberían ser bellos. Hay además libros de filosofía por todas partes y una muñeca.

Detrás del salón está el laboratorio científico de Andrés: la caverna. Director y escenógrafo escogerán qué tipo de presencia quieren darle a este espacio. Puede incluso ser simplemente un “afuera” al que se hace referencia.

Por otro lado, en ciertos momentos los personajes ven y hacen cosas con sus ordenadores. Lo que aparece en las pantallas a veces ha de ser necesariamente proyectado para el público; otras veces la proyección es opcional.

En nuestro montaje hemos dotado de tres “falsos cuadros” la pared que separa el salón del laboratorio. En esos falsos cuadros hay telas de retroproyección donde se irán alternando tres tipos de proyecciones: imágenes que corresponderían a los cuadros del salón de la casa; aquello que los personajes ven en sus pantallas de ordenador y por último, algunas imágenes de lo que ocurre en el interior de la caverna (la intención es que éstas parezcan sombras chinas, como si las viéramos a contraluz a través de una ventana).

(Luz tenue. Suena una canción de amor obstinadamente esperanzadora mientras Violeta dispone las cartas del Tarot de Marsella en el suelo, dentro de un círculo de velas y flores. Entra Andrés. Sube la luz y apaga la música.)

ANDRÉS: Violeta, no se trata de que montes un número.

VIOLETA: ¿Qué? ¿Qué pasa?

ANDRÉS: A ver... para empezar, el Tarot, aquí, desperdigado en el suelo me parece casi grotesco...

VIOLETA: No está desperdigado, está organizado formando un mandala.

ANDRÉS: La canción que tenías puesta es inadmisibile. El mensaje que tienes que transmitir es justo el contrario. Y con esa falda que te has puesto y esos colgantes pareces disfrazada... no te pega para nada.

VIOLETA: Quería tener un aire un poco esotérico. ¿No le dijiste que era una médium? Busqué un atuendo convincente para inspirarle confianza. Si quieres que influya en él necesito que crea en mí.

ANDRÉS: No le dije que fueras ninguna médium. Simplemente le dije que mi hermana es buenísima leyendo el Tarot, que has estudiado en Francia, con los mejores, que sabes filosofía, psicología, que tienes mucha experiencia en el amor...

VIOLETA: ¿Qué tiene que ver Francia?

ANDRÉS: Él va a confiar en ti, va a confiar en cualquier cosa porque está enamorado, es decir, intelectualmente desvalido, ha perdido todo criterio... y tú tienes que conseguir que se le pase.

VIOLETA: Ya lo he entendido, Andrés. Pero un poco de puesta en escena me puede ayudar a mí también.

ANDRÉS: Tú déjate guiar por la intuición. Además, a lo mejor el Tarot ni siquiera es lo que más conviene.

VIOLETA: Los enamorados son sensibles a cualquier arte adivinatoria...

ANDRÉS: Sí, pero no te olvides de que él es científico... bueno... era.

VIOLETA: ¿Y realmente era tan bueno?

ANDRÉS: Era extraordinario.

VIOLETA: ¿Qué pena que lo dejara, no?

ANDRÉS: ¿Pena? Fue una catástrofe. Los mejores catedráticos de Oxford esperando su tesis y el mismo día de la defensa se planta ante el tribunal, con capa y birrete, y se pone a leer un poema de Nicanor Parra... otro loco que hacía su doctorado en Oxford nada menos que con Edward Arthur Milne, el gran rival de Einstein, imagínate, y lo dejó todo también para dedicarse a la poesía, como Víctor.

VIOLETA: ¿Y cómo es que conectaste tanto con Víctor si no tenéis nada que ver? Tú que además no te abres con nadie.

ANDRÉS: Porque teníamos un proyecto en común, especial, único. Sólo que él lo traicionó.

VIOLETA: Sí, pero apenas regresaste de Oxford fuiste corriendo a buscarlo.

ANDRÉS: Sí, exactamente, con la intención de hacerlo volver. Y mira cómo me lo encuentro. Escribiendo versos como un poseso, malviviendo en una pensión miserable que ni puede pagar y enamorado como un imbécil.

VIOLETA: ¿Te das cuenta de que para ti el adjetivo enamorado siempre va seguido de la expresión como un imbécil? Tú tienes problemas, Andrés.

ANDRÉS: Tú muchos más.

VIOLETA: ¿Por qué no dejas vivir tranquilo a tu amigo?

ANDRÉS: Lo único que te estoy pidiendo, Violeta, es que trates de demostrarle, con las cartas o como puedas, que el destino se opone a esa unión. Yo sé que tú tienes cierta capacidad de... digamos de persuasión. Bueno, pues necesito que lo convencas de que esa mujer no vale la pena, tienes que conseguir que deje de estar enamorado.

VIOLETA: ¿Pero por qué ese empecinamiento, Andrés? ¿Por qué no lo dejas vivir?

ANDRÉS: En este momento, Violeta, no se trata de que viva, sino de que sobreviva y de que vuelva a la ciencia. Víctor está mortificado, muerto en vida, ¿entiendes? Y esa mujer a la que dice que... ama... ni siquiera la conoce.

VIOLETA: ¿Y eso qué tiene que ver?

ANDRÉS: ¿Cómo que qué tiene que ver?

VIOLETA: Enamorarse puede ser un excelente punto de partida para conocer a alguien.

ANDRÉS: Te digo que esa mujer no existe. ¡Se la está inventando!

VIOLETA: No es un delito inventar personas.

(Suena el timbre.)

ANDRÉS: Quiero recuperar a mi amigo. Quiero que supere ese estado de indefensión permanente. Lo necesito para mi proyecto. Por favor, Violeta, no me falles.

VIOLETA: No te fallaré.

(Andrés va a abrir la puerta.)

ANDRÉS: Víctor, amigo... ¿Cómo estás?

VÍCTOR: Bueno... esa es una pregunta complicada.

ANDRÉS: Mi hermana Violeta. Por fin os conocéis.

VIOLETA: Encantada, Víctor. Mi hermano me escribía mucho sobre ti cuando estabais en Oxford. Me alegro del reencuentro.

VÍCTOR: Yo también sé muchas cosas de ti. Espero que me puedas ayudar porque de verdad que estoy fatal.

ANDRÉS: Quitate esa chaqueta, que hace calor.

VÍCTOR: Tengo tanta angustia que no siento ni el calor. No he pasado calor en todo el verano.

ANDRÉS: Víctor, el verano empezó ayer.

VÍCTOR: ¿Ah sí? *(A Violeta.)* Me avergüenza un poco que me conozcas justo en este estado. Yo soy mejor de lo que soy.

VIOLETA: Claro, seguro que sí.

VÍCTOR: ¿Seguro que sí qué?

VIOLETA: Seguro que eres mejor de lo que eres y seguro que te puedo ayudar. ¿Tú tienes claro lo que necesitas exactamente?

VÍCTOR: Sí, eso lo tengo clarísimo. Necesito que ella me ame.

ANDRÉS: Víctor, así estás enfocando mal la cuestión.

VIOLETA: Andrés, déjalo hablar, deja que yo me ocupe. Si quieres te puedes ir.

ANDRÉS: No, no me voy.

VIOLETA: Bueno, entonces quédate callado. Se supone que la experta en estas cuestiones soy yo. Lo tuyo es la ciencia.... esto no es científico... requiere otro tipo de sensibilidad

y de abordaje. Vamos a ver, Víctor, te voy a hacer una pregunta muy simple: ¿Tú quieres que yo calme tu desconsuelo o que te ayude a profundizar en tu decepción?

VÍCTOR: Creo que no entiendo bien la pregunta.

ANDRÉS: Ya te dije que estaba intelectualmente desvalido.

VÍCTOR: ¿Me vas a echar las cartas?

VIOLETA: No, me parece que por el momento vamos a dejar de lado el tarot. Necesito entender bien la situación. A ver... ¿lo que te impide vivir es que ella no te ama?

VÍCTOR: Sí, es exactamente eso. No puedo vivir. No vivo. Te juro que no vivo.

VIOLETA: Conozco esa sensación, te creo. Bien, tenemos dos opciones: o convencemos a tu corazón de que hay una esperanza a la que aferrarse o convencemos a tu cabeza de que esa mujer es un gran fraude, te ha decepcionado, no vale la pena, no se merece tu pequeño amor, dulce y atolondrado.

ANDRÉS: Lo segundo, Violeta, lo segundo.

VÍCTOR: No, lo primero, lo primero... ¡Necesito esperanza!

VIOLETA: Bien... esa es la vía del amor... Y si te decides a seguirla al completo en último extremo vas a tener que amarla con esperanza o sin ella, te aviso.

ANDRÉS: ¿Podemos dejar de hablar de esperanza? Aquí lo que hay que hacer es un trabajo de aniquilación de creencias erróneas. Te digo que no conoce a esa mujer, ni siquiera la conoce....

VIOLETA: “Sólo conoce verdaderamente a una persona aquel que la ama sin esperanza” dice Walter Benjamin. Así que cállate Andrés, por favor. Necesito concentrarme. Esto es algo serio. Estamos ante un hombre enamorado. Yo hace mucho que no veía uno así. Víctor, necesito saber detalles de tu historia, necesito saber tu historia, cuéntamela.

VÍCTOR: ¿Desde el principio?

(Andrés hace un gesto a Violeta para que Víctor no cuente la historia desde el principio.)

VIOLETA: No hace falta que sea desde el principio. Me puedes contar los últimos hechos y movimientos emocionales para que yo me haga una idea de en qué estado está la situación.

VÍCTOR: Bueno, lo último que ha pasado es que yo le escribí una carta de amor.

VIOLETA: ¿Era... una declaración de amor... una confesión amorosa?

VÍCTOR: Sí, exacto, era una confesión, una confesión amorosa...

VIOLETA: Te exponías... ¿dijiste... demasiado?

VÍCTOR: Absolutamente, se lo dije todo, le dije tanto que ya no podía añadir nada más, pero sin embargo me seguí quedando con ganas decirle cosas...

VIOLETA: Muy propio del que ama.

VÍCTOR: Le dije todo, y la sentía tanto... Me torturo pensando que tal vez si no hubiera enviado la carta, ahora la seguiría sintiendo a ella cerca de mí, como cuando le escribía, y como antes de escribirle, pero una carta que se envía reclama respuesta, y la tristeza es tan absoluta ante el silencio del otro...

VIOLETA: Devastadora... la tristeza ante el silencio de quien se ama es absolutamente devastadora. ¿Tienes aquí la carta? ¿Puedo verla?

ANDRÉS: ¿Todo esto es necesario, Violeta?

VIOLETA: Sí, lo es. Lee un trozo, por favor.

VÍCTOR: Ella me preguntó, la última vez que nos vimos, qué quería de ella exactamente.

VIOLETA: Una pregunta: en ese último encuentro... ¿os besasteis?

VÍCTOR: Sí, nos besamos. De hecho me hizo la pregunta justo después de que nos besáramos. Me dijo que tenía miedo, y luego me preguntó qué quería de ella. Y yo, en ese momento, me sentí muy torpe y no supe qué contestarle, porque también tenía miedo. Pensé que era importante decirle las palabras justas, y tuve miedo de ser demasiado transparente o excesivamente opaco. Pero luego, cuando llegué a casa le empecé a escribir y no podía parar.

VIOLETA: Lee.

VÍCTOR: La verdad es que no sé si es una carta o un poema.

VIOLETA: Lee.

VÍCTOR: Quiero enloquecerte de un vértigo repentino pero reversible. Quiero recorrer contigo todos los estadios del amor desordenados. Quiero que esparzamos juntos un rastro de sangre y esperma por el universo. Quiero mirarte la noche entera mientras finges que duermes y acariciarte como si no te quisiera despertar. Quiero que en todas nuestras riñas esté latente la reconciliación. Quiero que cada palabra que salga de mis labios te haga sentirte escogida.

VIOLETA: Es suficiente. Ya está.

ANDRÉS: ¿Suficiente para qué?

VIOLETA: Quería juzgar si su amor valía la pena o no. Y sí, vale.

ANDRÉS: ¿Desde cuando se juzga el amor por la calidad literaria del palabrerío que inspira?

VIOLETA: Andrés, por respeto a tu amigo, te sugiero que no vuelvas a emplear la palabra palabrerío para referirte a las palabras que escribe. Me has pedido que lo ayude y eso es exactamente lo que voy a hacer. Lo voy a ayudar porque me está conmoviendo. Y en cuanto al contenido de tu observación te diré que la calidad literaria es una unidad de medida excelente para juzgar la altura del sentimiento amoroso, de las más fiables.

(Un extraño bicho mecánico cruza el escenario. Violeta grita.)

¡Andrés, de verdad, no me gusta que dejes esos bichos sueltos! Me dan miedo.

ANDRÉS: No pasa nada, Violeta. Los que están sueltos son los que han salido perfectamente y no entrañan ningún tipo de peligrosidad. Los que han salido mal...

VÍCTOR: Se sacrifican.

ANDRÉS: Exacto. Primero se estudian y después se sacrifican.

VIOLETA: ¿Eso era lo que hacíais en Oxford?

VÍCTOR: Sí, era una norma inviolable.

VIOLETA: No sé... no me gusta saber que en esta casa se están matando seres vivos.

ANDRÉS: Pero no tienen exactamente vida real, Violeta...

VIOLETA: ¿Cómo que no? Si no paran de hacer cosas.

ANDRÉS: Pero no es vida consciente. No tienen *qualia*.

VIOLETA: ¿Y eso que quiere decir?

VÍCTOR: Que perciben pero no experimentan vivencias.

ANDRÉS: Exacto. No pueden valorar cualitativamente la información. En rigor, no sienten. Tú imagínate que estos bichos son como tamagochis.

VIOLETA: ¿Qué es un tamagochi?

ANDRÉS: ¿No sabes lo que es un tamagochi?

VÍCTOR: Un tamagochi es una mascota virtual. Están llenas de necesidades, pero son todas mecánicas y previsibles. Me estoy poniendo triste.

VIOLETA: ¿Pero quién puede querer una mascota virtual?

ANDRÉS: Mucha gente. Ya sabes, Víctor, olvídate de Nadia y consigue un tamagochi.

VÍCTOR: Cállate, Andrés. La oposición entre virtual y real me hace pensar en Nadia y me pone fatal.

ANDRÉS: ¿Cómo se supone que lo vas a ayudar, Violeta? ¿Te das cuenta de que es urgente?

VIOLETA: Pienso alentar su amor, pienso ayudarlo a perseverar, contra todo pronóstico, con obstinación, y pienso hacer todo lo que esté en mi mano para que su amada lo corresponda.

VÍCTOR: ¿En serio?

ANDRÉS: Esto es delirante.

VIOLETA: Lo primero es que recuperes la fe en su capacidad de amarte, Víctor.

VÍCTOR: ¿En la de ella, dices? ¿Su capacidad? Pero si ella no me ama.

VIOLETA: Te besó. Te besó y luego sintió miedo... ¿no te parece suficiente señal de amor? Luego le escribes esa declaración apasionada y ella... ¿qué hace?

VÍCTOR: ¿Guarda silencio?

VIOLETA: No se guarda silencio de esa forma ante una confesión de amor que no se desea. Si quisiera desalentarte te habría escrito, o te hubiera llamado para negarse a ti.

ANDRÉS: Que no, Violeta, que hoy en día la gente se niega de otras formas, sin dar explicaciones... hoy en día la gente desaparece sin más, créeme. No se molesta ni en enviar un mensaje de móvil. Ya nadie cuida a nadie, como dices tú en tu ensayo.

VÍCTOR: ¿Estás escribiendo un ensayo?

ANDRÉS: Mi hermana acaba de publicar un libro: *Cuidate mucho y cuidame un poco (Un ensayo contra la búsqueda obstinada de autonomía)*.

VIOLETA: Sí, pero ahora esas tesis no vienen al caso, Andrés. Son muy tristes. Ahora se trata de que este hombre oiga algo alentador. Esa mujer... ¿Nadia, se llama?

VÍCTOR: Nadia.

VIOLETA: Nadia no guarda silencio, sino que ha hecho algo mucho más desesperado.

VÍCTOR: ¿Qué ha hecho?

ANDRÉS: ¿Qué ha hecho?

VIOLETA: Ha huido.

VÍCTOR: ¿Y eso es bueno?

VIOLETA: Por supuesto. La huida es condición indispensable para el regreso. Y tú quieres que regrese, ¿verdad?

ANDRÉS: No lo estás ayudando, no lo estás ayudando nada. Le estás dando falsas esperanzas.

VIOLETA: ¿Tú ves a tu amigo preparado para soportar un abandono?

ANDRÉS: No.

VIOLETA: Entonces es mucho mejor que no se sienta abandonado. Si a mí me abandonaran me mataría, ¿entiendes? Me mataría.

ANDRÉS: Violeta, no digas eso.

VIOLETA: Lo digo porque es verdad. *(A Víctor)* Nadia no te ha abandonado, sólo ha huido de ti porque le das miedo, y si ha ocurrido eso es porque te has vuelto muy importante para ella.

VÍCTOR: ¿En serio?

VIOLETA: Claro, el miedo confiere un gran poder a su objeto. ¡Un momento, un momento! ¿Estás seguro de que no está muerta?

VÍCTOR: ¡¿Cómo va a estar muerta?!

VIOLETA: Lo primero, cuando alguien no te llama o no te contesta un mail es descartar la posibilidad de que esté muerto. Pon su nombre en google y añade “defunción”.

VÍCTOR: ¡No, por Dios, no!

VIOLETA: Sin miedo, no suele pasar...

ANDRÉS: No, no, yo no puedo, hazlo tú...

VIOLETA: A ver... Nadia ¿qué más?

VÍCTOR: Nadia Leal.

VIOLETA: Nadia Leal... Ah, mira.. parece que tiene un blog...

VÍCTOR: Sí, tiene un blog.

VIOLETA: Es un blog espantoso...

ANDRÉS: Como todos los blogs.

VÍCTOR: ¿Pero está viva?

VIOLETA: Ella cree que sí.

VÍCTOR: ¿Y ahora qué puedo hacer?

VIOLETA: No sé... tenemos que pensar un plan. Una persona que huye también está corriendo hacia otra cosa... La cuestión es, ¿hacia dónde corre tu amor? ¿Qué tipo de vida mejor cree que tiene reservada sin ti? *(Por el blog.)* Cierro esto porque me está deprimiendo.

VÍCTOR: ¿Un plan? ¿Pero cómo un plan? ¿Pero qué quieres que haga? ¿Que la rapte?

VIOLETA: Eso se ha hecho durante mucho tiempo, podríamos estudiar los antecedentes históricos.

ANDRÉS: ¿Pero qué estás diciendo?

VÍCTOR: Yo no lo decía en serio.

VIOLETA: ¿Ah no? Pero puede que no sea una mala idea.

ANDRÉS: Delante de mi hermana tienes que tener mucho cuidado con lo que dices, Víctor, mucho cuidado. Soy un idiota, un idiota total... Si te conozco, si la conozco, no sé cómo se me ocurrió que os conocierais.

VIOLETA: Yo en cambio presiento que vamos a ser grandes amigos. Y además... creo que empiezo a vislumbrar un plan... Andrés, está saliendo humo de la caverna... ve a ver qué pasa.

(Andrés va a ver qué pasa.)

VÍCTOR: ¡La caverna! ¿Es su laboratorio, verdad? ¿Me va a dejar verlo?

VIOLETA: Sí, yo creo que a ti sí. Ahí hace sus bichitos y sus engendros. Voy a poner un poco de música. Creo que hay una canción que puede ayudarnos.

VÍCTOR: Estoy abierto a cualquier cosa que pueda ayudar.

VIOLETA: Te cuento el plan.

(Ella pone "Soledad", de los Olimareños, la misma canción que sonaba al comienzo de la escena. Escribiendo en las puertas de la caverna, que están pintadas de color pizarra, comienza a explicarle el plan a Víctor.)

(Victor está hundido en la butaca donde habitualmente se hunde. Violeta lleva un buen rato razonando sin parar.)

VIOLETA: Era un plan perfecto. No entiendo por qué fracasó. ¿Tú estás seguro de que fracasó?

VÍCTOR: Estrepitosamente, además.

VIOLETA: Era la obra de arte total. Si eso no ha sido capaz de conmoverla, de provocarle nada...

VÍCTOR: Algo sí le provocó, el problema es que no fue lo que yo quería.

VIOLETA: ¿Pero qué te dijo exactamente?

VÍCTOR: Es que no dijo nada exacto. Todo lo que a duras penas murmuró fue confuso.

VIOLETA: ¿Y la expresión de su rostro?

VÍCTOR: La expresión de su rostro era, siendo positivos, ambivalente. Entró como en una especie de estado de trance.

VIOLETA: ¿Pero no era un trance amoroso?

VÍCTOR: No, no, eso seguro que no.

VIOLETA: Bueno, si un lenguaje tan sutil como el del arte no funciona, o desencadena en esa mujer una especie de estado catatónico, vamos a tener que recurrir a formas menos sofisticadas y más contundentes.

VÍCTOR: ¿Cómo que más contundentes?

VIOLETA: La publicidad. Estoy pensando en algo como la publicidad. Un lenguaje simple, llano, agresivo... Y más concretamente la publicidad subliminal. Hay que enviarle un mensaje de amor subliminal.

VÍCTOR: No te sigo, Violeta, no te sigo para nada.

VIOLETA: Si las estrategias de la publicidad funcionan habrá que copiarlas. Los mensajes subliminales han llegado a emplearse hasta en el satanismo, está comprobadísima su eficacia, es un método infalible. Primero tenemos que crear el mensaje de amor subliminal perfecto. Y luego, simplemente lo encriptamos en una carta de amor cualquiera.

VÍCTOR: ¿Y cuál es el mensaje de amor subliminal perfecto?

VIOLETA: Muy simple. ¿Qué queremos conseguir? Que Nadia te ame, por eso nuestro mensaje de amor subliminal perfecto es tan sencillo como “Nadia ama a Víctor”. Cuatro palabras que puedes encriptar fácilmente en cualquier lado. Yo tenía por aquí un tratado de criptología. Pero no sé si hará falta generar un criptosistema... En realidad hay que hacerlo fácil, no difícil. Lo importante es que ella lea claramente, pero sin darse cuenta, esas cuatro palabras... que el mensaje vaya directamente a su inconsciente sin pasar por sus mecanismos de defensa, que por lo visto están muy entrenados.

VÍCTOR: ¿Tú estás segura de que esto va a funcionar?

VIOLETA: Estoy segurísima, Víctor, segurísima. Se va a enamorar de ti sin darse ni cuenta. Ese tipo de amor es el peor que hay, y además es irreversible, ya vas a ver.

VÍCTOR: ¿Y no será peligroso lo que estamos haciendo?

VIOLETA: ¿Peligroso para quién?

(Entra Andrés de la calle con una revista en la mano.)

VIOLETA: ¡Ya salió! ¿Salió la crítica de mi libro?

ANDRÉS: Salió, sí.

VIOLETA: ¿Es buena?

ANDRÉS: (...)

VIOLETA: No es buena... ¿No es buena?

ANDRÉS: Mala tampoco es...

VIOLETA: “Guía práctica para náufragos sin isla desierta.” ¿Por qué la titula así? Mi libro no quiere ser práctico, quiere ser bello.

ANDRÉS: Tú lee.

VIOLETA: “La autora parece resuelta a cultivar su locura en un melodramático intento de liberar la vida de aquello que la aprisiona.” Este hombre no escribe como un crítico, ¿no te parece? “Retuerce la sintaxis hasta hacerla decir lo indecible.” ¿Eso es malo o es bueno?

(No contestan porque no saben.)

“Persevera en la melancolía con un ahínco que provoca auténtica perplejidad. ¿Qué corazón humano soporta a un ser en estado de permanente duelo?” ¿Esa soy yo? ¿Un

ser en estado de permanente duelo? ¿Pero qué le pasa a este hombre conmigo? ¿Por qué habla de su corazón? ¿No tiene nada que decir de mi libro?

ANDRÉS: Al final dice. Cita un pasaje tuyo. Eso de las fantasías masculinas... la legitimidad de la espera de Penélope frente a la espera estéril de Circe...

VIOLETA: “Ahí va, como colofón final”, esta expresión sí que es muy de crítico, “un fragmento de la autora que sirve como perfecta muestra del patético revanchismo de género que la impele.”

(Queda conmocionada.)

VÍCTOR: Lee la cita, por favor.

VIOLETA: No puedo, leela tú.

VÍCTOR: Podemos imaginar a Circe enferma de amor en su isla, pero nunca confiando en el regreso de Ulises. Circe, la hechicera, se agita en una sacudida estéril y sin fin. La de Penélope, por el contrario, es una espera asombrosamente quieta, antinatural en alguien enamorado. Tejer y destejer es una astuta forma de hacer soportable esa espera dotándola de una actividad en la que nunca interpela al otro. Ésta es, sin duda, una de las más recurrentes fantasías masculinas: la de no ser “interpelados”.

VIOLETA: ¿A ti te parece que eso es revanchismo de género?

VÍCTOR: No, yo no creo que la palabra sea revanchismo...

ANDRÉS: Violeta, no pasa nada. Es sólo un crítico... siempre has dicho que el periodismo cultural es la quintaesencia del horror.

VIOLETA: A ver, Andrés, en primer lugar, lo que yo digo siempre no siempre tiene importancia. Y en segundo lugar, este señor no es un crítico.

ANDRÉS: ¿Ah no?

VIOLETA: No, este señor.. este tal Cesar Ignacio Morente, que además me suena, es profesor de Estética y está diciendo de mí y de mi libro cosas espantosas. No ha entendido nada y está haciendo mal su trabajo porque la crítica no es esto. La crítica debería acercarse a la obra casi con un temor reverencial, como a algo que está vivo, que está ardiendo, que es frágil, que busca ser verdadero, y no como a un objeto que hay que mortificar... Tengo que escribirle una carta a este hombre, inmediatamente. Tengo que hablarle de Benjamin y de la crítica salvadora. Tengo que hablarle de redención.

ANDRÉS: ¡De redención! Violeta, por favor, no empieces con tus cartas.

VIOLETA: ¿Cómo no voy a empezar? ¿Cómo voy a dejar esto así?

ANDRÉS: No seas vanidosa. ¿Qué más te da lo que opine este hombre, si ni siquiera lo conoces? ¿Y qué vas a sacar con escribirle? ¿Vas a convencerlo de algo? Sí, vas a convencerlo de algo... Sólo voy a decirte una cosa, Violeta.

VIOLETA: ¿Qué?

ANDRÉS: Si te vuelves a quebrar en pedacitos yo no sé si voy a estar ahí para ayudar a recomponerte.

VÍCTOR: Yo estaré, Violeta, si te quiebras en pedacitos yo estaré.

VIOLETA: Gracias, Víctor. Tienes que encriptar tu mensaje.

VÍCTOR: Sí, esta noche lo encripto. En cuanto tenga resultados te cuento.

(Se despiden con afecto. Andrés se va a su caverna. Violeta se sienta a escribir en su escritorio.)

Estimado César Ignacio Morente,

Espero no importunarle... no quisiera importunarle... Lamentaría importunarle, pero no puedo evitar sentirme interpelada por sus contundentes afirmaciones... ¿Contundentes será muy fuerte? Arriesgadas afirmaciones... arriesgadas tiene una connotación más positiva... hasta lo hace parecer valiente... cosa que sin duda no es.

(Victor, sentado ante el escritorio de Violeta, actualiza su correo electrónico cada tres segundos.)

VÍCTOR: Sigue sin contestarme.

VIOLETA: No puede ser. Me he estado documentando sobre el impacto psicológico de la publicidad subliminal. Han pasado cuatro días; a estas alturas, si ha leído el mensaje, tiene que estar loca por ti. No puede seguir callada.

VÍCTOR: Sigue callada, Violeta.

VIOLETA: ¿Y tú cómo estás?

VÍCTOR: Yo estoy cada vez peor, no te lo puedes ni imaginar. ¿Es normal, Violeta, que tenga fantasías con ella hasta en el supermercado?

VIOLETA: ¿Fantasías eróticas?

VÍCTOR: No, no son eróticas.

VIOLETA: Me lo temía.

VÍCTOR: Fantaseo, por ejemplo, que ella me sugiere comprar salsa mejicana para hacer enchiladas y yo la miro y la oigo y sé que la amo, lo sé con una certeza rabiosa.

VIOLETA: Eso son fantasías domésticas.

VÍCTOR: ¿Qué?

VIOLETA: Tienes fantasías domésticas, Víctor.

VÍCTOR: ¿Y eso qué significa?

VIOLETA: Significa que has alcanzado un grado de enamoramiento sencillamente incompatible.

VÍCTOR: Dios mío, ¿y qué puedo hacer?

VIOLETA: Me temo que de momento lo único que puedes hacer es tratar de evitar el supermercado.

VÍCTOR: Pero tengo que hacer la compra, Violeta. ¿Se supone que tengo que vivir. ¿O no?

VIOLETA: Tratemos de afrontar el asunto con madurez, Víctor. Aprender a desamar a alguien es muy difícil, y además es feo. Pero lo que sí puedes conseguir, y además es bello, es un corazón capaz de amar en calma. He descubierto que en las tiendas

pequeñas el alma es menos propensa a la ensoñación. Evita el supermercado, ve solamente a tiendas pequeñas. La primera lección para un corazón que quiere amar en calma podría ser esa.

VÍCTOR: ¿Entonces crees que el impacto psicológico de la publicidad subliminal queda refutado?

VIOLETA: No adoptemos puntos de vista catastrofistas. A ver, ¿tienes la carta? Déjame verla... a lo mejor es que fuiste demasiado frío con el otro mensaje, el directo.

VÍCTOR: No fui demasiado frío. No puedo ser frío, estoy ardiendo.

(Violeta lee la carta.)

VIOLETA: Víctor.... Víctor, qué has hecho...

VÍCTOR: ¿Qué? ¿Qué pasa?

VIOLETA: El plan era infalible. Fuiste tú el que falló.

VÍCTOR: ¿Fallé en qué?

VIOLETA: Una errata, tienes una errata.

VÍCTOR: ¿Cuál?

VIOLETA: Has puesto Nadie en lugar de Nadia: Nadie ama a Víctor.... Tu mensaje subliminal es "Nadie ama a Víctor". Estás acabado.

VÍCTOR: ¡No fui yo! Es el corrector automático de word... siempre me hace lo mismo. Cada vez que escribo Nadia lo cambia por nadie. Es como si el universo entero, con toda la violencia de su tecnología, se conjurara en contra de nuestro amor.

(Andrés sale de la caverna.)

ANDRÉS: Agradecería un montón que los dos dejarais de dar grititos. Estoy intentando aislar un haplotipo, necesito concentración.

VIOLETA: ¿Qué es un haplotipo?

ANDRÉS Y VÍCTOR: Una secuencia de nucleótidos.

ANDRÉS: ¿Qué pasó? ¿Fracasó el plan?

VÍCTOR: Sí.

VIOLETA: No.

ANDRÉS: ¿Sí o no?

VIOLETA: Las dos cosas, Andrés, las dos cosas. Parece mentira que un científico de tu nivel siga habitando en un universo newtoniano impregnado de lógica aristotélica. ¿Sí o no? Qué simple.

ANDRÉS: Pues sí Violeta, por suerte para mí, para mí es así de simple. ¿Me vais a explicar lo que pasó?

VIOLETA: En definitiva el corazón de Nadia continúa siendo una fortaleza inaccesible, y además las cosas han empeorado.

VÍCTOR: Nadie ama a Víctor... No me lo puedo creer... Nadie ama a Víctor.

ANDRÉS: ¿A ti qué te pasa?

VIOLETA: No te tortures con eso. En realidad puede que mi plan no fuera tan perfecto... a lo mejor los mensajes subliminales no convencen a nadie... ni a Nadia... uy... perdón.

VÍCTOR: ¿No decías que se empleaban hasta en el satanismo?

VIOLETA: Bueno, precisamente, si te fijas el satanismo tampoco tiene tantos adeptos. ¿Tú conoces a alguien que lo practique?

ANDRÉS: ¿Satanismo? ¿De qué estáis hablando?

VIOLETA: De neuromarketing, más o menos... Víctor, yo lo siento, pero me tengo que poner a trabajar. Necesito traducir trescientas páginas en dos semanas. Y además, quiero escribirle una carta a mi crítico.

VÍCTOR: ¿Tu crítico? ¿Ya se ha convertido en tu crítico? ¿Qué ha pasado?

VIOLETA: Uy, un montón de cosas. Nos escribimos varios mensajes diarios. Es mucho mejor escribiendo mails que críticas.

ANDRÉS: Cuidado, Violeta...

VIOLETA: Que sí... tranquilo. Me voy a mi cuarto para no molestaros. Víctor, si me necesitas, estoy ahí dentro. Intentaré que se me ocurra otro plan, pero la verdad es que ya no sé qué más podemos hacer... esa mujer es muy terca. Si se te ocurre a ti algo, yo te apoyo, yo te apoyo en todo. Yo creo en la bondad de tu amor.

VÍCTOR: Gracias, Violeta. ¿Tienes alguna sustancia química para combatir la angustia?

VIOLETA: Sí, por supuesto. ¿Revotril te sirve?

VÍCTOR: Sí, lo que sea.

ANDRÉS: Yo se lo doy.

VIOLETA: Pero te aviso que la lucha contra la angustia sólo genera nuevas formas de angustia. A veces hay que rendirse, Víctor.

(Violeta sale. Andrés le da el revotril a Víctor.)

ANDRÉS: Tengo la solución.

VÍCTOR: ¿Qué?

ANDRÉS: Que tengo la solución a tu angustia. Ayer hice el descubrimiento más importante de mi vida, Víctor. No te lo vas a creer, yo todavía no puedo creérmelo. He conseguido ejecutar un empalme alternativo de exones, yo solito. Y he conseguido desnucleizar un núcleo. Lo único que tengo que hacer ahora es materializar la fórmula genética bajo la forma de un ser humano. En definitiva: me siento capaz de clonar a un ser humano.

VÍCTOR: ¿Y eso que tiene que ver con mi angustia, Andrés?

ANDRÉS: Podemos clonar a Nadia.

VÍCTOR: ¿Qué?

ANDRÉS: Que podemos clonar a Nadia.

VÍCTOR: ¿Y yo para qué voy a querer un clon de Nadia? Yo quiero esa Nadia, esa que se resiste a amarme pero me amará un día.

ANDRÉS: La única deficiencia de Nadia, tu Nadia, es que no te ama, ¿verdad?

VÍCTOR: Bueno, yo no lo expresaría así, Andrés.

ANDRÉS: Pero es eso, Víctor, en definitiva es eso. Y el caso es que Nadia tal vez no te ame nunca. Porque hay gente que no ama, Víctor, como yo. Nadia, por lo que explicas, es como yo.

VÍCTOR: Pero si no te he explicado nada.

ANDRÉS: Podemos conseguir un clon de Nadia que te ame fácilmente. Eso es mucho mejor que Nadia, ¿no lo ves?

VÍCTOR: ¿Y por qué un clon de Nadia va a amarme con más facilidad que Nadia?

ANDRÉS: Porque le pondremos al clon de Nadia lágrimas de Violeta.

VÍCTOR: ¿Pero de qué estás hablando, Andrés? ¿Por qué lágrimas? ¿Y por qué de Violeta?

ANDRÉS: Tienen que ser lágrimas de amor de Violeta. Lo tengo todo calculado, Víctor. Conozco a mi hermana, es absolutamente previsible. Te garantizo que en el plazo máximo de dos semanas va a estar derramando lágrimas de amor. Necesitaremos que sean lágrimas de amor correspondido, eso sí, porque imagino que tú querrás una Nadia que se sienta feliz de amarte y no una Nadia que sufra de amor por ti. Pero parece que el

crítico le está dando bola, así que si todo va bien, con un poco de suerte, las lágrimas de amor de Violeta serán lágrimas de amor correspondido.

VÍCTOR: ¿Estás diciendo que hay una diferencia de composición entre las lágrimas de amor correspondido y las que uno derrama por culpa del desamor?

ANDRÉS: ¡Hay muchísima diferencia! Las lágrimas de amor correspondido tienen cuatro veces más potasio que plasma y hasta treinta veces la cantidad de manganeso que se encuentra en la sangre. Lo comprobó Frey Haeringen en los ochenta.

VÍCTOR: ¿Y el manganeso va a ayudar a que Nadia me ame?

ANDRÉS: El manganeso, la prolactina, la leucina y la oxitocina, por supuesto que sí.

VÍCTOR: Tú teoría me parece casi tan peregrina como las de Violeta. En el fondo sois los dos iguales.

ANDRÉS: Yo no soy como Violeta, soy su reverso.

VÍCTOR: Y yo estoy tan desesperado que me dejo embaucar por cualquier cosa... Neuromarketing... ¿cómo le pude hacer caso?

ANDRÉS: Lo que yo te propongo es estrictamente científico, Víctor, nada que ver con las fantasías de Violeta.

VÍCTOR: ¿Pero cómo puedes garantizarme que el clon de Nadia será realmente Nadia? Una persona es irrepitible. Si está dos veces ya no es única, y yo quiero a una Nadia única, quiero a mi única Nadia.

ANDRÉS: Sólo tienes que rebajar un poco tu nivel de exigencia. Entonces podrás tener una Nadia que te ame apasionadamente, como ama Violeta. Imagínatelo.

VÍCTOR: No, esto no me gusta. Yo quiero una Nadia que me ame libremente, que escoja amarme. Yo no quiero forzar las cosas.

ANDRÉS: Pero si no paras de forzar las cosas, Víctor, por favor, no seas hipócrita. Y ya estás diciendo “una Nadia”. Te acabas de traicionar.

VÍCTOR: ¿Qué he dicho?

ANDRÉS: No has dicho “quiero que Nadia me ame libremente”, has dicho “quiero una Nadia que me ame libremente”. Así que parece que Nadia ya no es tan única.

VÍCTOR: Tú me estás confundiendo, eso es lo que pasa. Yo amo a Nadia, a la única Nadia que existe, y tú me estás confundiendo.

ANDRÉS: Sólo amas a Nadia por su apariencia, Víctor, no sabes nada de su ser.

VÍCTOR: Violeta dice que precisamente por confiar en las apariencias el que ama ve a la otra persona como realmente es y la ama por sus debilidades, y no a pesar de ellas.

ANDRÉS: Violeta dice cualquier cosa.

VÍCTOR: ¿Y cómo conseguiríamos el ADN de Nadia? Yo ya no tengo acceso a su presencia, y por lo tanto tampoco a sus cabellos ni a sus fluidos.

ANDRÉS: Eso es lo mejor de todo. No necesitamos el ADN de Nadia.

VÍCTOR: ¿Pero qué dices, Andrés? ¿Cómo coño vas a clonar a alguien sin su ADN? Es totalmente ridículo.

ANDRÉS: ¿Cuál es nuestra especialidad?

VÍCTOR: La bioinformática y ciberbiología.

ANDRÉS: En definitiva, la creación de vida artificial.

VÍCTOR: No veo adónde quieres llegar.

ANDRÉS: Lo que importa no es Nadia, sino la imagen que tú tienes de Nadia. La que nos interesa, Víctor, es la Nadia que tú amas: esa es exactamente la que queremos clonar.

(Violeta sale de su cuarto con su ordenador.)

VIOLETA: ¡Mirad lo que me ha enviado, mirad lo que me ha enviado! Es el dúo de la creación de Adán y Eva... ¿no es maravilloso? ¿No es completamente maravilloso?

(Suena el dúo de la Creación de Adán y Eva, de Hayden. Violeta está radiante. Andrés, a su manera, también está radiante. Víctor, posiblemente, está confundido. La semilla de un deseo, que no sabe si reconocer como propio, ha comenzado a germinar en su alma.)

(Andrés ante el ordenador. El ordenador está conectado a otra máquina que a su vez está llena de cables que se pierden en el interior de la caverna.)

ANDRÉS: *(Hablando a través de un walkie talkie.)* Víctor, ¿me copias? *(Víctor lo oye a través de su walkie talkie pero no responde.)* Víctor... ¿me copias o no me copias?

VÍCTOR: Tienes que decir corto y cambio, Andrés. Si no dices corto y cambio no puedo contestarte. Corto y cambio.

ANDRÉS: Está bien. ¿Me copias, Víctor? Cambio. *(No contesta.)* Cambio. *(No contesta.)*
¡Víctor! ¿Me oyes o no me oyes?

VÍCTOR: ¡Corto y cambio, Andrés, tienes que decir corto y cambio, no sólo cambio! Corto y cambio.

ANDRÉS: Da igual. Deja el walkie talkie, te estoy oyendo perfectamente. Apaga eso. Corto y cambio.

VÍCTOR: Lo apago. Corto y cambio.

ANDRÉS: Bien. Ahora necesito que te concentres en los ojos, Víctor. Concéntrate en los ojos.

VÍCTOR: ¿Pero por qué tengo que estar solo aquí adentro? No me gusta nada este aparato, siento pinchazos de corriente eléctrica por todas partes. ¿Estás seguro de que es seguro?

ANDRÉS: ¿Cómo voy a estar seguro de nada si no lo he probado jamás?

VÍCTOR: ¡Joder, tío! ¡Me están dando calambres!

ANDRÉS: Enfréntalo como una prueba de amor, Víctor, como una prueba de amor. ¿Qué no haría un trovador por su dama?

VÍCTOR: Eso es verdad. Pero tratemos de ser rápidos, por favor. Pienso en sus ojos, estoy pensando en sus ojos. ¿Y ahora que hago?

ANDRÉS: Descríbelos, o mejor, describe lo que son para ti.

VÍCTOR: Sus ojos son el velo de maya que cautiva mi espíritu.

ANDRÉS: ¿Podrías tratar de no poetizar la experiencia? Comprende que las metáforas son más difíciles de reducir a términos matemáticos.

VÍCTOR: Perdón. Sus ojos son azules. No... no, son verdes... ay, no sé...

ANDRÉS: ¿En qué quedamos? ¿Son azules o verdes? ¿No tienes una foto?

VÍCTOR: La única foto que tengo de Nadia es con flash, y le salieron los ojos rojos.

ANDRÉS: Bueno, no sé, entonces improvisa un poco... tampoco pasa nada porque le cambies el color de los ojos.

VÍCTOR: Sus ojos son un enigma insondable, sin color ni forma, mirada pura.

ANDRÉS: Vale, tú lo has querido. Traduzco eso y a ver qué sale. Enigma sería simplemente “x”, insondable... sería “x” multiplicado por infinito, sin color pongamos menos “c” y sin forma... sin forma simplemente no ponemos nada, ¿no?

VÍCTOR: ¡Yo qué sé! Tengo los dos brazos dormidos y me duele un montón la cabeza.

ANDRÉS: Mirada pura... aquí pongamos algún número transfinito... ¿Qué prefieres, omega o alef, qué te parece que pega más con Nadia?

VÍCTOR: Pon lo que quieras y sácame de aquí ya. Tengo taquicardia.

ANDRÉS: La paciencia es la madre de la ciencia... Tenemos entonces “a”, o mejor “o”, de ojo, es igual a $x + x$ por infinito menos $c + \omega$... ¡Un ojo, Víctor! ¡Tengo un ojo! ¡Soy un genio! *(El ojo que ve Andrés en la pantalla de ordenador aparece también proyectado.)*

VÍCTOR: ¿De qué color es?

ANDRÉS: De un color... ciertamente insondable. Vamos, Víctor, ánimo que vamos bien... este aparato por lo visto es muy preciso. Ahora trata de visualizar el rostro completo.

VÍCTOR: Me siento agotado, Andrés, ya no sé si puedo visualizar nada más.

ANDRÉS: Vamos... tenemos que terminar antes de que vuelva Violeta. Por cierto, nos conviene utilizar un lenguaje en clave si tenemos que hablar delante de Violeta. Algo muy sencillo. Por ejemplo, usar sólo iniciales.

VÍCTOR: ¿Y eso te parece sencillo? ¿Cómo vamos a entendernos usando sólo iniciales?

ANDRÉS: Iniciales sólo para sustituir las palabras clave. Por ejemplo, qué se yo... LAC.

VÍCTOR: ¿LAC? ¿Y qué sería LAC?

ANDRÉS: Lágrimas de amor correspondido... ¿Captas?

VÍCTOR: Capto, sí, capto. ¿Puedo salir ya de aquí, por favor?

ANDRÉS: No, no, no. El rostro, Víctor, necesitamos el rostro. Concéntrate en el rostro de tu amada y di lo que es para ti, con una frase precisa, verdadera, rotunda.

(Silencio.)

VÍCTOR: Su rostro es mi horizonte.

ANDRÉS: ¿Horizonte lo traduzco con otro número transfinito, verdad?

VÍCTOR: No sé, Andrés, yo ya no sé nada.

ANDRÉS: Voy a poner Alef. Piensa, eh, sigue pensando en su rostro, que eso es fundamental. Entonces rostro es “r igual a alef”. (*Aparece proyectado el rostro de Violeta.*) ¡Lo tengo, ya lo tengo!

VÍCTOR: Lo tenemos, dirás. (*Entra Víctor todo lleno de tubos y aparatos conectados a los cables.*) ¿Es Nadia? ¿Es el rostro de Nadia?

ANDRÉS: Es un rostro que me resulta muy familiar. Pero no acabo de...

VÍCTOR: Esa no es Nadia.

ANDRÉS: ¿Cómo no va a ser Nadia? ¿Estabas pensando en Nadia, no? Pues entonces tiene que ser Nadia.

(Se oye entrar a Violeta. Andrés apaga rápidamente el ordenador.)

ANDRÉS: ¡Vete! Quítate eso.

VÍCTOR: ¡No me da tiempo!

VIOLETA: No os lo vais a creer, no os lo vais a creer... estoy tan feliz.

ANDRÉS: ¿Por qué? ¿Qué pasa?

VIOLETA: ¡Me ama! César me ha dicho que me ama. Con esas palabras, literales, irrevocables, y con otras que querían decir lo mismo. Estoy tan feliz...

ANDRÉS: ¿Estás llorando, Violeta?

VIOLETA: Son lágrimas de alegría, hermano querido, de alegría.

VÍCTOR: Las palabras de amor no son irrevocables, Violeta.

ANDRÉS: Tú calla y ve a buscar un tubo de ensayo. ¡Corre! ¡LAC!

VIOLETA: ¿Por qué va Víctor vestido así? ¿Qué estáis haciendo? ¿Es un experimento?

ANDRÉS: Sí, es un experimento.

VIOLETA: ¿No será peligroso, verdad?

ANDRÉS: Es algo completamente inofensivo.

(Vuelve Víctor con un tubo de ensayo.)

ANDRÉS: Violeta, necesitamos que derrames tus lágrimas en este tubo de ensayo.

VIOLETA: ¿Por qué? ¿Para qué?

ANDRÉS: No te preocupes. Te juro que es para una buena causa.

VIOLETA: ¿Qué causa, Andrés? ¿Qué quieres hacer con mis lágrimas?

VÍCTOR: ¿Tú estás segura de que son lágrimas de amor correspondido, Violeta?

VIOLETA: Estoy segurísima.

ANDRÉS: Entonces estas lágrimas harán felices nada menos que a dos... seres. ¿No te parece una buena causa?

VIOLETA: Dame el tubito. No pienso preguntar nada. No quiero saber. Tu caverna me da cada vez más miedo, Andrés.

(Violeta derrama sus lágrimas de amor, supuestamente correspondido, dentro del tubo de ensayo.)

(Violeta entra al salón para ponerse a trabajar en su escritorio. Víctor está durmiendo en el sofá. A ella le encantaría despertarlo, discretamente, para ponerse a charlar con él. Finalmente lo despierta, pero sin discreción.)

VIOLETA: Perdón, perdón. Qué torpe que soy.

VÍCTOR: Buenos días.

VIOLETA: Buenos días, Víctor.

VÍCTOR: Violeta, estoy viviendo aquí.

VIOLETA: Sí, ya lo sé. Llevas dos semanas durmiendo en el sofá y están aquí tus cosas, ya me parecía que estabas viviendo aquí.

VÍCTOR: ¿Te molesta?

VIOLETA: ¿Cómo me va a molestar? Me encanta. La pena es que casi no nos vemos, porque os pasáis el día entero encerrados en la caverna. ¿Por qué no me contáis lo que estáis haciendo? A Andrés siempre le encanta alardear de sus logros monstruosos. No sé a qué viene tanto secretismo.

VÍCTOR: Es mejor que te quedes al margen de esto, Violeta, en serio. Pero puedes estar tranquila porque te juro que es todo con un buen propósito... podría decirse que es todo por amor.

VIOLETA: ¿Por amor? No me imagino a Andrés haciendo nada por amor. Y no me gusta esta sensación de vivir en una casa que esconde un secreto.

VÍCTOR: ¿Vas a trabajar?

VIOLETA: Sí, tengo que traducir.

VÍCTOR: ¿Y cómo te va con tu crítico?

VIOLETA: No le lames mi crítico. Los críticos tienen algo muy destructivo. Viven rodeados de suplementos y leen siempre para desenterrar lo no dicho, eso nubla la mente a cualquiera. Él no es crítico, es profesor de estética. César, se llama César.

VÍCTOR: Bueno, ¿y cómo te va con César?

VIOLETA: Yo diría que bien. Pero me ha enviado un cuento que me ha dejado un poco perpleja. Sobre todo porque él dice que es el vivo retrato de la psicología masculina. *(Le entrega a Víctor un par de páginas impresas.)* Aquí está.

VÍCTOR: De Chejov. “Una bromita”. Vaya título... No lo recuerdo. ¿De qué trata?

VIOLETA: ¿Tú te has fijado en que hay muchos cuentos de Chejov donde un hombre que no se atreve a vivir una experiencia nueva la acaba sometiendo a una especie de autopsia desapegada, como si fuera un forense?

VÍCTOR: ¡Chejov era médico!

VIOLETA: ¿Tú crees que es por eso?

VÍCTOR: Bueno... no sé. ¿De qué va el cuento?

VIOLETA: Invierno ruso. Un joven y una joven están en lo alto de una colina, y él quiere convencerla de que se tiren juntos en un trineo. Ella tiene miedo de morir o de enloquecer si se lanza al abismo, pero él le suplica, le jura que no hay peligro y al final la convence. Entonces se tiran, y justo en el momento en que ella está más aterrorizada porque el viento silba y aturde, él le dice al oído: Nadia, te amo.

VÍCTOR: ¿Nadia? ¿Cómo que Nadia? ¿Se llama Nadia?

VIOLETA: ¡Sí! ¡Nadenka... Nadia! No me había dado ni cuenta de la coincidencia... es increíble.

VÍCTOR: Es una señal. ¡Sincronicidad! Esto quiere decir algo. ¿Cómo sigue el cuento?

VIOLETA: Él le ha dicho que la ama. ¿Pero qué pasa cuando se bajan del trineo?

VÍCTOR: No sé. ¿Qué pasa? ¿Se besan?

VIOLETA: Víctor, Chejov es un forense. Dime cuántos personajes de los cuentos de Chejov se besan.

VÍCTOR: Bueno, no sé. ¿Y entonces qué pasa?

VIOLETA: Él disimula.

VÍCTOR: ¿Cómo que disimula?

VIOLETA: Cuando llegan abajo ella necesita saber si él ha dicho realmente esas palabras. Pero él se hace el distraído... mira hacia otro lado, se saca la nieve de un guante...

VÍCTOR: Como si no hubiera pasado nada.

VIOLETA: Exacto. Como si no hubiera pasado nada. Entonces a ella se le ocurre que a lo mejor esas palabras fueron una alucinación acústica... producida por tanto viento. *(Imitando el viento.)* Nadia... te amo... te amo... Nadia.

VÍCTOR: Mientras el viento triste galopa matando mariposas, yo te amo, Nadia.

VIOLETA: ¡Neruda! Así que ella le pide que repitan el viaje en trineo.

VÍCTOR: ¡No! ¿Y él vuelve a decirle “Nadia, te amo”?

VIOLETA: Exactamente. Pero cuando el trineo se detiene la voz de él suena indiferente, desapasionada, y ella sigue sin poder descifrar nada. Entonces se pasa todo el invierno viajando en trineo y lloriqueando.

VÍCTOR: Qué cuento tan triste te ha enviado ese hombre, Violeta. ¿Por qué te ha enviado esto? ¿Y te ha dicho que es el vivo retrato de la psicología masculina?

VIOLETA: Tienes que leerlo hasta el final, lo que sigue es todavía peor. El narrador tiene la arrogancia de suponer que en realidad a Nadia no le importa saber de dónde salen esas palabras que la embriagan. Lo que cuenta es la embriaguez misma. Y hay entonces una trampa final, para que ese vivo retrato de la psicología masculina no resulte tan mezquino y las mujeres parezcamos todavía un poco más veleidosas.

VÍCTOR: Ya me imagino por donde va... La hace creer que es el viento, que él no tiene nada que ver con el asunto.

VIOLETA: Y no sólo eso... además se atreve a sugerir que ella conserva ese recuerdo como el más conmovedor y bello de su vida. ¡Palabras traídas por el viento, Víctor! ¡Una alucinación acústica! Decir eso es no comprender absolutamente nada del alma femenina. Claro que a Nadia le iba la vida, pero le iba la vida en saber si era ÉL quien había dicho esas palabras. Ella no quería que fuera el viento. Sólo podía ser una experiencia bella si era una experiencia compartida. Si no, tirarse en trineo con él no habría sido nada más que un error lamentable. Y a nadie le gusta equivocarse, ¿verdad? Y menos sola.

VÍCTOR: Pues si no quieres equivocarte sola me parece que vas a tener que apartarte de ese hombre.

VIOLETA: ¿Por qué dices eso, Víctor? Es sólo un cuento, no puedo tomármelo tan a pecho. No debo mezclarlo todo. Soy una exagerada, él me lo dice.

VÍCTOR: Recuerdo que al principio tú me decías que él practicaba una especie de seducción desimplicada.

VIOLETA: ¿Seducción desimplicada? ¿Yo dije eso?

VÍCTOR: Sí, así lo llamabas. Quizás te pasa como a Nadia. Él te dice que te ama, pero luego sólo parece preocupado por las motas de nieve de sus guantes.

VIOLETA: (*Busca en su diario.*) Seducción desimplicada... ¿Estará en “Pensamientos oscuros” o en “Pensamientos luminosos”? Sí, aquí está... seducción desimplicada: “Habla siempre de manera elusiva, como señalando un enigma que en realidad no

guarda, bajo el pretexto de proteger una intimidad que en realidad no expone”. Pero de esto hace ya tres meses, Víctor. Puede que fuera un error de percepción mía, o puede que él efectivamente sí hiciera eso, pero porque estaba inseguro, igual que yo... y se protegía. Pero ahora ya estamos en otro lugar... nos queremos, confiamos, ya no estamos a la defensiva.

VÍCTOR: Violeta... las lágrimas que recogimos ese día que te dijo que te amaba y entraste a casa llorando...

VIOLETA: Sí, ¿qué pasa? Lloraba de emoción, de alegría. Estaba feliz... ¿qué pasa con mis lágrimas?

VÍCTOR: ¿Puede ser que no fueran lágrimas de amor correspondido? Es decir... ¿puede ser que fueran lágrimas de amor no correspondido?

VIOLETA: ¿Pero qué dices, Víctor? Te digo que estaba feliz. ¿Qué pasa con mis lágrimas?

VÍCTOR: Es importante, Violeta. Esas lágrimas son importantes.

VIOLETA: ¿Por qué esa obsesión con mis lágrimas? ¡Es por el experimento! ¡Son las lágrimas que habéis usado en el experimento! Víctor, ¿qué habéis hecho con mis lágrimas?

VÍCTOR: No es nada malo, Violeta. Cuando esté acabado podrás verlo, te lo prometo. Confía en mí, por favor. Pero tienes que esperar a que esté acabado. ¿Puedes confiar en mí?

VIOLETA: Claro que confío en ti.

VÍCTOR: Lo único importante es que fueran lágrimas de amor. ¿Eran lágrimas de amor, verdad?

VIOLETA: Por supuesto que eran lágrimas de amor. Lo amo, lo amo mucho.

VÍCTOR: Ojalá él te ame a ti.

(Suena el walkie talkie de Víctor. Él hablará con Andrés mientras coge su ropa, desparramada por el suelo, y se viste como puede.)

VIOLETA: Claro que me ama.

ANDRÉS: Víctor, tenemos trabajo. Falta muy poco para completar la etapa embrionaria. Corto y cambio.

VÍCTOR: Voy. Y tengo que hablar muy seriamente contigo. De las LAC. Corto y cambio.

ANDRÉS: ¿De las LAC? Ah, de las LAC, sí. ¿Qué pasa con las LAC? Corto y cambio.

VÍCTOR: Sospecho que las LAC no son LAC, son LANC, como me temía. ¡Va a faltar potasio! Corto y cambio.

ANDRÉS: No te entiendo nada. Ven aquí. Corto y cambio.

VÍCTOR: Voy. Corto y cambio. Violeta, tengo que irme a trabajar.

(Todavía sosteniendo el walkie talkie con el hombro porque tiene las dos manos ocupadas, Víctor se despide de Violeta con un beso en la frente. Ella se queda en su escritorio.)

VIOLETA: Chéjov, el amante forense. *(Abre el correo electrónico y se pone a escribir.)*
No sé si hablarte de lo que leo en este cuento, querido mío...

(Victor sale corriendo de la Caverna. Es evidente que algo grave ha ocurrido. Poco después aparece Andrés, caminando muy despacio, como si no acabara de atreverse a acercarse a Victor.)

VÍCTOR: Te lo dije. Te dije que las LAC eran LANC, que no se puede CP usando MG de otra P y que no...

ANDRÉS: ¿Podrías dejar de hablar en clave? No está Violeta. No es necesario. Y no te entiendo nada.

VÍCTOR: ¡No se puede clonar una persona usando material genético de otra persona! ¡Es que es elemental!

ANDRÉS: Lo determinante aquí ha sido tu proyección, Víctor. No tiene nada que ver con una cuestión genética. La máquina que hemos usado es muy precisa. Yo no tengo la culpa de que cuando te pido que pienses en la mujer que amas pienses en mi hermana.

VÍCTOR: Yo no pienso en tu hermana. Tú estuviste mencionando a Violeta cuando me pedías que pensara en Nadia. A lo mejor se me coló. Pero eso tampoco tiene nada que ver. El problema es que el único material genético que hemos usado para clonar a Nadia ha sido de Violeta. El único ADN que hay en ese ser es de Violeta, y por eso ha pasado lo que ha pasado.

ANDRÉS: Es una interpretación plausible, pero discutible.

VÍCTOR: No sé por qué te hice caso, por qué fui en contra de mi propio sentido común. Esto no lo hubiera hecho ni un novato.

ANDRÉS: ¿Podemos dejar de discutir sobre el origen del problema para centrarnos en su solución? ¿Qué hacemos con el problema?

VÍCTOR: ¡Ponle algo!

ANDRÉS: ¿Qué?

VÍCTOR: ¡Que le pongas algo de ropa! Sigue ahí desnuda. ¡Estoy viendo a tu hermana desnuda!

(Andrés entra a la caverna y al cabo de un momento sale casi desnudo porque le ha puesto su propia ropa a Nadia 2.)

ANDRÉS: *(Desde adentro.)* ¡Qué manía con mi hermana! No es mi hermana. No es ni siquiera un ser vivo, es una máquina autopoiética. *(Ya afuera.)* Creo que está incompleta.

VÍCTOR: ¿Cómo que está incompleta? ¿Qué le falta? ¿Y por qué dices que no es un ser vivo? ¡Es un ser humano!

ANDRÉS: Hay que estudiarla mejor, pero tengo la sospecha de que carece de capacidad simbólica. Hemos usado el ordenador para generar técnicas equivalentes a procesos moleculares. Eso que tú llamas ser humano no es más que una cadena polipeptídica creada mediante la participación de ribosomas pero fuera del contexto de la célula. Por lo tanto es un fenómeno químico, no biológico. Todo lo que ocurre fuera de un metabolismo celular no es vida en sentido estricto.

(Nadia 2 sale de la caverna reptando; parece una especie de masa blanda.)

VÍCTOR: ¡Está reptando!

ANDRÉS: Tranquilo, es normal que se arrastre, todavía no ha desarrollado fuerza en los miembros.

VÍCTOR: ¿Cómo no va a ser una persona? ¿No la ves? ¿No ves que es una persona?

ANDRÉS: No. Yo no veo que sea una persona.

VÍCTOR: ¿Y qué ves?

ANDRÉS: Veo un ser desvalido, un poco lastimoso. Sin fuerza física ni espiritual. Mira, la empujo y no se defiende... ¿ves? Su inteligencia emocional obviamente es nula.

VÍCTOR: Bueno, yo encajo en este momento bastante bien con esa descripción y no por eso dejo de ser una persona.

ANDRÉS: Tú puedes compartir con otro ser humano un universo simbólico, Víctor. Este ser, no. Nunca podrá articular un discurso propio ni entender uno ajeno.

VÍCTOR: ¿Pero cómo puedes estar tan seguro de eso? Si es prácticamente una criatura recién nacida. Supongo que hay que darle tiempo. No sé. No sé lo que hay que hacer.

ANDRÉS: Soy su creador, Víctor. Sé cómo funcionan estas cosas. Vida artificial, créeme. Estamos ante un ejemplar de vida artificial como cualquier otro. No te dejes confundir

por su aspecto. Su vida no es como la nuestra, es importante que tengas eso claro desde el principio.

VÍCTOR: ¿Lo que quieres decir es que su vida no vale lo mismo que la nuestra?

ANDRÉS: No, por supuesto que no.

VÍCTOR: ¿Qué quieres hacer con ella?

ANDRÉS: No sé. Por lo pronto esconderla de Violeta, eso está claro. Y estudiarla, por supuesto.

VÍCTOR: Esto es desesperante, Andrés. Es casi un delito. ¡Es un delito! Somos responsables de una criatura humana, o por lo menos con aspecto humano, que apenas se sostiene, que parece muerta de miedo, que está sufriendo.

ANDRÉS: No está sufriendo. ¿Por qué dices que está sufriendo? Si no siente, ni percibe, ni intuye, no tiene ninguna de las facultades propias de la conciencia.

VÍCTOR: No pienso discutir más, Andrés. Necesito aire. ¿Dónde la vas a meter? ¿En la caverna?

ANDRÉS: Sí, claro.

VÍCTOR: Necesito aire.

(Victor sale. Andrés se queda solo con Nadia 2. Empieza a estudiarla.)

(Violeta se ha quedado dormida en la mecedora. La misma mecedora donde hemos visto sentada a Nadia 2 en la escena anterior. Víctor entra y se acerca con sigilo hasta la puerta de la caverna.)

VÍCTOR: *(Tratando de no hacer mucho ruido.)* Andrés... Andrés.

VIOLETA: ¡Víctor!

VÍCTOR: ¿Violeta?

VIOLETA: Menos mal que has vuelto. Te dejaste aquí casi todas tus cosas, hasta tu móvil. No sabía dónde encontrarte, estaba preocupada. ¿Estás bien?

VÍCTOR: Sí, perdona, tenía que haberte llamado. Necesitaba irme un tiempo, pero ya estoy bien... Ya estoy de vuelta.

VIOLETA: Menos mal, porque Andrés está extrañísimo, y conmigo no quiere hablar. Además, pasan cosas muy raras por las noches.

VÍCTOR: ¿Cómo que cosas raras? ¿Qué pasa por las noches?

VIOLETA: Bueno, no, no es que pasen cosas. Simplemente es que tengo pesadillas y supongo que me confundo. Será porque estoy mal.

VÍCTOR: ¿Pero qué te pasa?

VIOLETA: Oigo gritar a una niña.

VÍCTOR: ¿Oyes gritar a una niña? ¿Por las noches?

VIOLETA: Sí, me despiertan los gritos de una niña. O me despierto gritando y oigo a una niña que grita conmigo. Obviamente es porque estoy mal de la cabeza. Supongo que tengo alucinaciones acústicas. Ya sé que nadie grita.

VÍCTOR: No, nadie grita. Perdona, Violeta. Tengo que hablar un momento con Andrés.

VIOLETA: Andrés no está.

VÍCTOR: ¿Ah no? ¿Y sabes dónde ha ido?

VIOLETA: ¿Puede ser que esté saliendo con una chica?

VÍCTOR: ¿Por qué dices eso? No, seguro que no.

VIOLETA: Pues yo creo que es posible.

VÍCTOR: ¿Pero por qué lo dices?

VIOLETA: El otro día traje ropa interior de mujer.

VÍCTOR: ¿Qué?

VIOLETA: Compró ropa interior de mujer. Entró con una bolsa de una tienda de ropa interior de mujer y trató de esconderla, pero yo la vi. Tiene que ser para regalársela a una chica, ¿no lo ves?

VÍCTOR: Lo veo, sí. Violeta, no quiero hablar de Andrés contigo, por favor. Cuando llegue hablaré con él, te lo prometo. Ahora hágame de ti. ¿Por qué dices que estás mal?

VIOLETA: Bueno, es que está pasando algo un poco extraño con César. Me tiene muy desconcertada.

VÍCTOR: ¿Por qué? ¿Qué pasa?

VIOLETA: Le escribí sobre el cuento.

VÍCTOR: ¿Aquel cuento de Chejov?

VIOLETA: “La bromita”, sí.

VÍCTOR: Me imaginaba que le escribirías sobre eso. ¿Y?

VIOLETA: Y él se ofendió, porque yo dije que ese cuento era el vivo retrato de un cobarde. Pero lo dije en un tono de desafío coqueto. Entonces me disculpé y le pedí que nos dejáramos de escribir, porque no quiero que haya malentendidos por mail. Nada de mails.

VÍCTOR: ¿Entonces os habéis dejado de escribir?

VIOLETA: ¡No! Porque él me suplicó que nos siguiéramos escribiendo. Me dijo que al comprender el verdadero tono, mi mail le resultaba de lo más excitante. Habló de mi inteligente furia herida e hiriente y me comparó con la Juliette del Marqués de Sade.

VÍCTOR: ¿Y tú qué hiciste?

VIOLETA: Yo sucumbí como una imbécil a la comparación.

VÍCTOR: Violeta... ¿Qué hiciste?

VIOLETA: Pues le empecé a escribir como la Juliette del Marqués de Sade, o como Justine, no sé.

VÍCTOR: ¿Y él?

VIOLETA: A él le encantó.

VÍCTOR: ¿Y entonces? No veo cuál es el problema.

VIOLETA: Entonces nuestros mails se pusieron cada vez más tórridos... Me dijo todo tipo de obscenidades, bellas y espantosas, y yo a él también. ¡Pero no nos vemos nunca, ese es el problema! Ya ni siquiera me llama porque dice que es peligroso.

VÍCTOR: ¿Peligroso? No entiendo nada.

VIOLETA: Yo tampoco. Así que hace una semana le escribí una extensa y pormenorizada carta de amor. Y aún no me ha contestado.

VÍCTOR: ¡Oh, no, Violeta! ¡Una confesión amorosa! ¡Mostraste tu debilidad, caíste en la misma trampa que yo con Nadia!

VIOLETA: No es caer en una trampa, Víctor. Si una persona que te ha dicho que te ama y que te la va a meter por todos lados y de todas las maneras posibles no soporta una carta de amor tuya, no soporta ver tu lado vulnerable, es que esa persona es una rara especie de enfermo, ¿no te parece?

VÍCTOR: Tu hermano me contó un día una historia que a lo mejor te ayuda.

VIOLETA: ¿De ratones?

VÍCTOR: Sí, ¿cómo lo sabes?

VIOLETA: Mi hermano siempre cuenta historias de ratones. ¿Qué te contó?

VÍCTOR: Dice que un científico hizo un experimento con ratones.

VIOLETA: Sí, siempre empiezan así.

VÍCTOR: Tenía dos jaulas con ratones. Y en cada jaula había un botón. En una de las jaulas, cada vez que los ratones tocaban el botón les caía comida. En cambio, en la otra, a veces caía y a veces no.

VIOLETA: Estoy intrigadísima.

VÍCTOR: Lo que observó el científico es que los ratones que a veces recibían comida y a veces no, tocaban el botón compulsivamente, como posesos. En cambio, los otros, los que recibían comida cada vez que tocaban el botón sólo lo tocaban cuando realmente querían comer.

VIOLETA: Es una historia horrible. ¿Y cuál es la conclusión que habría que extraer de eso, según mi hermano?

VÍCTOR: Ese hombre... puede que no te escriba y no te llame porque sabe que cuando lo haga estarás ahí. Sabe que si te escribe, le escribirás, que si te llama contestarás. Tendrá su comidita.

VIOLETA: Pero eso es lo normal, en eso consiste la comunicación, lo otro es perverso.

VÍCTOR: Sólo te estoy diciendo que él no tiene necesidad de comprobar nada.

VIOLETA: Pero es que no se trata de comprobar nada, se trata de relacionarse, se trata de quererse, de jugar juntos, en el mismo equipo, no contra un contrincante.... ¡Y no! No

pienso hacer caso a esa historia imbécil de ratones... ¿sabes por qué? Porque quiero creer... necesito creer... que un hombre es algo más complejo que un ratón... aunque a veces me cuesta.

VÍCTOR: Ven aquí. Ven aquí, cálmate. Tienes razón, es una historia estúpida. A mí tampoco me gustó. Y no me siento identificado con los ratones.

VIOLETA: Ni con el científico.

VÍCTOR: No, con el científico tampoco.

VIOLETA: Yo voy a contarte una historia mejor, una historia de sirenas.

VÍCTOR: De sirenas... Cuéntamela.

VIOLETA: Kafka escribió una versión maravillosa del episodio de Ulises y las sirenas.

VÍCTOR: Sí, la conozco.... Ulises se ata al mástil de la vela y además se tapa los oídos con cera, pero las sirenas en realidad no cantan. ¿Y no dice Kafka que Ulises representa incluso una farsa ante los dioses, para quedar como un valiente?

VIOLETA: La farsa de haber vencido con sus propias fuerzas, sí. Engaña a los dioses, pero no a las sirenas. Ellas no cantan porque supieron notar su forzada indiferencia. Y además porque las sirenas tienen un arma aún más poderosa que su canto: su silencio.

VÍCTOR: Qué astutas las sirenas, sí... Qué difícil callarse a tiempo.

VIOLETA: ¿Nos callamos juntos un rato?

VÍCTOR: Sí, sería genial.

(Se quedan callados un rato, muy cerca.)

VÍCTOR: ¿Violeta?

VIOLETA: ¿Sí?

VÍCTOR: ¿Te has fijado qué bien se está con alguien a quien no amas?

VIOLETA: Pero Víctor, no digas eso... nosotros sí nos amamos.

VÍCTOR: ¿Ah sí?

VIOLETA: Claro, la amistad es una forma de amor muy profunda.

VÍCTOR: Ya... bueno, lo he expresado mal.

VIOLETA: No, no estaba mal. Sé lo que querías decir... lo del poema de Zymborska... Mucho debo a quienes no amo.

VÍCTOR: ¿Te lo sabes?

VIOLETA: Un poco.

VÍCTOR: Yo también, un poco. Entre una carta y una cita no transcurre la eternidad, sino solo días, o semanas.

VIOLETA: Los viajes son siempre perfectos a su lado.

VÍCTOR: Los conciertos se escuchan.

VIOLETA: Las catedrales se visitan.

VÍCTOR: Y los paisajes se contemplan.

VIOLETA: Con la paciencia de un reloj de sol comprendo lo que el amor no comprende.

VÍCTOR: Perdono lo que el amor jamás perdonaría.

VIOLETA: ¿Pero sabes qué?

VÍCTOR: ¿Qué?

VIOLETA: El amor es mucho mejor que todo eso, que los conciertos, las catedrales, los paisajes. El amor añade algo a las catedrales. Es un poema muy triste ese de Zymborska. Un viaje también puede ser perfecto junto a alguien que se ama. Y la música... ¿Me dejas ponerte *El triunfo del tiempo y del desengaño*?

VÍCTOR: El triunfo del tiempo y del desengaño... ¿Qué es eso?

VIOLETA: Es la primera oratoria que escribió Haendel en su vida, a los veinte años. Hay cuatro personajes: la belleza, el placer, el tiempo y el desengaño. La belleza por supuesto es efímera y tiene un final trágico, pero lleno de dignidad. ¿Sabes lo que me irrita?

VÍCTOR: ¿Qué te irrita?

VIOLETA: Que Haendel, poco antes de su muerte, volvió a componer esta misma oratoria con algunos cambios. ¿Y sabes cómo la tituló?

VÍCTOR: ¿Cómo?

VIOLETA: *El triunfo del tiempo y de la verdad*.

VÍCTOR: O sea que en la revisión sublimó el concepto de desengaño. ¿Y eso por qué te irrita?

VIOLETA: Me apena porque creo que la verdad y el desengaño deberían ser siempre cosas distintas. La verdad debe ser bella, aunque no sea la que uno quiere. La verdad debe curar. Dicen que había dos Haendel. Dicen que uno era misógino e irritable, y otro en cambio generoso y franco.

VÍCTOR: A veces esto pasa, a veces hay dos personas en una.

VIOLETA: Yo creo que no. Lo que ocurre es que a veces no podemos aceptar que la misma persona sea capaz de mostrarse de dos formas tan brutalmente distintas. ¿Pero no íbamos a callarnos?

VÍCTOR: Sí, es verdad.

(Violeta pone el aria "Lascia l'espina", de El triunfo del tiempo y del desengaño. Los dos amigos escuchan juntos.)

(Andrés, Víctor y Nadia 2, sentada entre ambos, están viendo el final de La sirena del Mississippi, de Truffaut. Víctor está absolutamente conmovido. Nadia 2 también está absorta en la película, pero cuando oye los lloriqueos de Víctor se interesa por él tanto como por lo que ve en la pantalla y lo imita magistralmente. Andrés está observando a Nadia 2 y toma notas compulsivamente, de vez en cuando le toma el pulso. Dado que el comportamiento de Víctor es tan digno de observación como el de Nadia 2, en realidad parece que Andrés los esté estudiando a los dos.)

VÍCTOR: *(Al oír sollozar a Nadia 2, la mira y se da un buen susto. Apaga de golpe la proyección.)* ¡Mírala, Andrés, mírala! ¡Se está emocionando!

(Nadia 2 vuelve a encender la proyección y continúa con sus aspavientos.)

ANDRÉS: La estoy mirando, Víctor, eso es lo que llevo haciendo toda la película, y lo que en principio ibas a hacer tú también. No se emociona, simplemente te está imitando.

VÍCTOR: ¿Cómo me va a estar imitando? Ha entendido la película, ha captado la verdad oculta...

ANDRÉS: ¿Qué verdad oculta va a captar? No seas tan ridículo.

VÍCTOR: Lo hemos hablado un montón de veces con Violeta y ella lo ha entendido también. Jean Paul Belmondo no está ciego. Él ve a esa mujer tal y como es, no se engaña, confía en las apariencias y realmente la ve. Pero lo que hace es colocarla en el lugar del objeto incondicional porque la ama, porque eso es lo que hace el amor verdadero. *(Nadia 2 parece cada vez más conmovida ante lo que dice Víctor.)*

ANDRÉS: *(Imitando a Violeta.)* “El amor lo cree todo, pero nunca se engaña, dice Kierkegaard”. Conozco perfectamente todo el discurso de Violeta. Por favor, no sigas. No me interesa. No me interesa la película. ¿Podrías recuperar un poquito de dignidad y ayudarme a hacerle unas pruebas? *(Le da un tubo de ensayo.)* Toma una muestra de saliva.

NADIA 2: *(Se aferra a Víctor con desesperación de amor francés. Balbucea como puede.)* ¡Je t'aime! ¡Je t'aime!

VÍCTOR: ¡Está diciendo que me ama! ¡Me ama!

ANDRÉS: ¡Cómo te va a amar! No seas ingenuo. Mira. *(Agarra a Nadia 2 y ella se aferra a él como antes a Víctor.)*

NADIA 2: ¡Je t'aime! ¡Je t'aime!

VÍCTOR: Pobrecita... está pidiendo a gritos que la quieran.

ANDRÉS: ¡Está imitando! Es una burda imitación. No siente.

VÍCTOR: Déjame tomarle el pulso. Primero la estimulo. *(La abraza amorosamente. Ella sigue repitiendo histrionicamente “Je t'aime”, “Je t'aime”. Él le toma el pulso.)* Es verdad... No se le acelera lo más mínimo. ¿Cómo puede ser? ¿A mí que no la amo se me dispara el corazón y a ella que dice amarme no le pasa nada por dentro?

ANDRÉS: ¡Mírala! Es un ser desvalido, patético, ¿cómo va a amarte? No tiene inteligencia emocional, no tiene ni siquiera vida.

VÍCTOR: ¿Cómo no va a tener vida, Andrés? ¡Mírala tú! No puedes seguir negando que tiene vida. Hemos creado una criatura viva, es así, por muy increíble que pueda parecerte.

ANDRÉS: Razonamientos simples, Víctor. Un sistema vivo es un sistema cognitivo. Estás de acuerdo conmigo, ¿verdad?

VÍCTOR: Estás entendiendo la cognición como la actividad involucrada en la autogeneración y autoperpetuación de redes autopoiesicas, supongo.

ANDRÉS: Supones bien. La vida, como proceso, sería un proceso de cognición. Y hace tiempo que sabemos que la cognición no es una representación de un mundo que estaría ahí, de manera independiente y predeterminada. Conocer es alumbrar un mundo, Víctor. Incluso una bacteria, a través de su proceso de vida, alumbró su propio mundo. Pero este ser no. Para ella el mundo ya viene dado; a lo máximo que puede aspirar es a imitar lo ajeno.

VÍCTOR: ¿Me estás diciendo que Nadia 2 es menos que una bacteria?

ANDRÉS: Te estoy diciendo que Nadia 2 no vive, Víctor; en sentido estricto no vive porque jamás podrá alumbrar un mundo propio ni habitar con otro ser humano un mundo común.

(Nadia 2 se ha estado relacionando todo el tiempo con el entorno como una niña. En este momento ha conseguido ponerse casi de pie y trata de dar sus primeros pasos.)

VÍCTOR: ¡Mira, Andrés, mira!

(VÍCTOR la mira con la ilusión de una madre. ANDRÉS se ríe con el orgullo de un padre. De pronto, Nadia 2 se cae y los mira sin saber si debe llorar o no. Finalmente llora, exactamente como una niña que siente haber defraudado a sus padres.)

VÍCTOR: Yo ya no puedo más con esto, Andrés. Oye los gemidos, mírala a los ojos. ¿No ves que está sufriendo?

ANDRÉS: No sufre. Su cuerpo está lleno de péptidos y lógicamente, en algún sentido muy elemental, “reacciona”, pero no siente porque no sabe que siente, igual que no sabe porque no sabe que sabe.

VÍCTOR: Así que no vive porque no sabe que vive.

ANDRÉS: Efectivamente.

VÍCTOR: ¿Sabes qué te digo, Andrés? Que si es así, si de verdad estás tan convencido de que es así, lo mejor que podemos hacer es sacrificarla.

ANDRÉS: ¿Sacrificarla?

VÍCTOR: Sí, Andrés, ¿no es lo que hemos hecho siempre? ¿Por qué esta vez iba a ser una excepción? Los experimentos que salen mal se sacrifican.

ANDRÉS: Primero se estudian. Y después se sacrifican.

VÍCTOR: Tengo la impresión de que tú ya la has estudiado bastante.

ANDRÉS: No veo por dónde vas.

VÍCTOR: ¿Te crees que soy imbécil, Andrés? ¿Por qué te encierras en la caverna con ella por las noches? ¿Por qué grita? Hasta Violeta la oye gritar. Si Violeta descubre a esta criatura, si descubre lo que hemos sido capaces de hacer, va a querer morir. ¿Es que no lo ves? Vas a matar a tu hermana, Andrés, vas a matarla. Así que más vale que sacrifiques a Nadia 2, y además cuanto antes. Teníamos que haberlo hecho el primer día.

(Nadia 2 juega con la muñeca de Violeta y se ha ido alterando cada vez más a medida que el enfrentamiento subía de tono. Grita, se tapa los oídos, se golpea la cabeza.)

VÍCTOR: ¿Y ahora qué? ¿Vas a seguir diciendo que no se entera de nada? ¿Que no alumbra un mundo?

ANDRÉS: ¿Eso? ¡Por favor, Víctor! Eso lo hace porque es sensible al volumen de decibelios, nada más.

VÍCTOR: Yo ya no puedo seguir con esto, Andrés. Haz lo que quieras con tu experimento.

ANDRÉS: ¿Así que me das lecciones morales pero después te desentienes de todo compromiso?

VÍCTOR: ¿Qué me estás diciendo?

ANDRÉS: Tú estás metido en esto tanto como yo, o incluso más que yo. Tú querías una mujer que supiera amarte. Lo intentamos. No funcionó. Y ahora quieres lavarte las manos y que yo me las manche de sangre.

VÍCTOR: ¿No dices que no tiene vida? Tal vez entonces ni siquiera sangre.

ANDRÉS: *(Coge un cuchillo.)* Vamos a probarlo.

VÍCTOR: ¿Qué haces Andrés? ¡Deja eso!

ANDRÉS: ¿No querías que la sacrificara? ¿No quieres ver si sangra?

VÍCTOR: ¡No, no quiero ver si sangra! ¡No quiero saber nada más! Es tuya, ella es tuya y es cosa tuya. Yo ya no quiero saber absolutamente nada. *(Huye.)*

ANDRÉS: ¡Huye! Se te da muy bien... Se te ha dado siempre maravillosamente bien. *(Víctor ya no lo oye. Habla para sí mismo mientras trata de manejar a Nadia 2, que está fuera de control.)* Tranquila, ya está, ya pasó. *(La abraza, la acaricia. Sus caricias van cobrando una intención sexual, cada vez más evidente. De pronto, Nadia 2 trata de besarlo y él la rechaza muy violentamente.)* ¿Qué haces? ¿Qué coño haces? ¿Qué te crees que haces? *(La ha apartado de un empujón y la mira con odio. Ella parece aterrada y perpleja. De pronto Andrés va hacia ella con clara intención sexual. Tal vez se la lleva a la caverna. Tal vez la viola allí mismo. Ella no sabe qué está pasando. Sigue pareciendo aterrada y perpleja. Él repite obsesivamente “No es nada. No pasa nada. No es nada. No pasa nada”. Jamás la besará.)*

(Es muy temprano, apenas ha amanecido. Víctor está recogiendo sus cosas en una maleta. Entra Violeta, viene de la calle.)

VIOLETA: Víctor... ¿Te vas?

VÍCTOR: Violeta... es muy temprano. ¿De dónde vienes a estas horas? ¿Has pasado la noche con él?

VIOLETA: Por favor... No, no he pasado la noche con él. Vengo de rezar. ¿Pero a dónde vas?

VÍCTOR: ¿De rezar? ¿Has ido a rezar?

VIOLETA: Sí, he ido a un templo budista, a recibir el amanecer con contorsiones y cánticos para intentar transformar mi amor pasional en amor compasivo.

VÍCTOR: ¿Y te ha funcionado? A mí eso de amar a todo el mundo en la misma medida y de la misma forma la verdad es que siempre me ha parecido muy contranatura.

VIOLETA: Yo no diría que es contranatura, pero desde luego el amor pasional no tiene nada que ver con eso. Y yo siento que también viene de un lugar que parece sagrado, espiritual, profundamente humano. ¿Dónde vas, Víctor? ¿Por qué estás recogiendo tus cosas?

VÍCTOR: Si supieras lo que he hecho no podrías perdonarme.

VIOLETA: ¿Cómo no voy a poder perdonarte? Claro que podría perdonarte.

VÍCTOR: Lo dices porque no sabes lo que he hecho.

VIOLETA: No. Lo digo porque sé que siempre podría perdonarte. No me lo cuentes si no quieres, no hace falta. Te juro que te perdono.

VÍCTOR: El corazón es extraño, ¿verdad?

VIOLETA: Y el pensamiento es crudo. Prefiero el corazón. El pensamiento está a punto de enloquecerme.

VÍCTOR: ¿Qué te pasa, Violeta? ¿Por qué dices eso? ¿Es por César? ¿Porque lo has perdido?

VIOLETA: No digas que lo he perdido, Víctor. A lo mejor sólo está extraviado.

VÍCTOR: Violeta, tienes que parar.

VIOLETA: Ayúdame, Víctor... haz de mí... usa argumentos que no tengan escapatoria. Razonamientos simples, resta complejidad para ayudarme a ver lo que no quiero ver.

VÍCTOR: Está bien, voy a intentarlo. En definitiva, tu cortocircuito emocional se produce porque él te dijo que te amaba y después se retiró de la manera más cobarde.

VIOLETA: Sí, más o menos es eso.

VÍCTOR: ¿Tú estás segura de que dijo “te amo”?

VIOLETA: Pronunció esas palabras y otras que querían decir lo mismo. Dijo “te amo, Violeta, te amo. Me muero por estar contigo”. Y además, yo sentí que eso era verdadero. No puede ser el cuento de Chejov. Por favor.... dime que no puede ser el cuento de Chejov... ¿o sí?

VÍCTOR: Violeta, la conclusión es simple: o te mintió o su amor es tan pusilánime que no parece ni amor.

VIOLETA: Es eso... es eso, es un amor pusilánime. Es un amor que no puede contra nada, que no persevera, que sólo tiembla de miedo y no de pasión. Es un amor tristísimo. Me estoy temiendo lo peor, Víctor, lo peor.

VÍCTOR: ¿Qué es lo peor?

VIOLETA: Ésta no es una traición amorosa de un raro género, es una traición amorosa de lo más vulgar. Y estaba todo ahí, desde el principio: en el cuento de Chejov, en esa manera suya de propiciar tan sólo para negar después. Yo te lo dije, ¿recuerdas, Víctor? Te lo dije. Ha practicado siempre un juego de seducción desimplicada, un juego tramposo.

VÍCTOR: Ya está, Violeta, ya lo has visto. Ese hombre es un fraude.

VIOLETA: No... no digas eso, no puede ser eso. Todo es mucho más complejo, lo simple es mentira. Inventamos mentiras para hacer que lo difícil parezca fácil. Pero yo creo en él, yo sé que él no es un fraude. Yo lo amo.

VÍCTOR: ¡Violeta, para ya! Deja que se acabe.

VIOLETA: Él no me ama a mí... pero no pasa nada. Lo único que tengo que hacer es aprender a amar sin esperanza.

VÍCTOR: Lo único que tienes que hacer es dejar que se acabe.

VIOLETA: No hace falta que él desaparezca. Yo puedo aprender a amarlo sin esperanza.

VÍCTOR: Las personas no desaparecen, Violeta. No están muertas porque no nos llamen. Simplemente siguen su vida sin nosotros.

VIOLETA: Puede que eso sea un extraño tipo de consuelo. A lo mejor él es feliz sin mí, aunque yo no consiga ser feliz sin él. *(Se ilumina su rostro.)* ¡Yo ya lo he usado este consuelo!

VÍCTOR: ¿Ah sí?

VIOLETA: A los cinco años perdí a mi muñeca preferida. Nos mudamos y al llegar a la nueva casa vi que ella no estaba. Me desesperé tanto que mis padres me ayudaron a buscarla. Pero me ayudaron de mentira, porque ellos la habían tirado, aunque de eso me enteré mucho después. Para mí aquello fue un duelo, un duelo que se me hizo interminable. No sé cuántos días o semanas pasaron sin que pudiera parar de llorar. No podía pensar en otra cosa que no fuera mi muñeca. Y recuerdo muy bien que mi mayor angustia no era que yo no estuviera con ella, lo que me desesperaba era que ella no estuviera conmigo, porque creía que nadie iba a quererla y a cuidarla tanto como yo. Y me imaginaba que sin mí le podían estar pasando cosas espantosas. Me imaginaba que algún niño le podía estar haciendo mucho daño. Y rezaba, pero no rezaba para recuperarla, rezaba para que ella estuviera bien, para que no le hicieran daño. Rezaba todo el tiempo, incluso en silencio cuando estaba entre la gente. Rezaba muy fuerte y para adentro, como apretando todas mis fuerzas hacia adentro... por favor, por favor, por favor... que la encuentre una niña, que no la encuentre nunca un niño, que la encuentre una niña que la quiera mucho, una niña que la quiera tanto como yo, tanto como yo...

(Se oye un grito desgarrador. ¿El grito de una niña?)

VIOLETA: ¿Qué es eso, Víctor? ¿Qué es eso? Tú lo has oído también, ¿verdad? ¿Ha sido en la caverna?

(Victor no puede ni contestar. Aparece Andrés, acude porque ha oído el grito. El momento es de una confusión y una tensión insostenible. Víctor se lanza contra Andrés. Violeta trata de separarlos.)

VIOLETA: ¿Qué estáis haciendo? ¿Os habéis vuelto los dos locos? ¿Qué pasa en esta casa? ¿Qué está pasando?

ANDRÉS: ¡Nada que debas saber, Violeta! ¡Entérate de una vez! Nada que debas saber.

VÍCTOR: ¡Yo me largo! ¡Tú te encargas de acabar o de no acabar con tu experimento! Yo me voy de esta casa. Eres monstruoso.

ANDRÉS: “El sueño de la razón engendra monstruos.” Goya.

VIOLETA: “El monstruo de la razón engendra sueños.” Juan Gelman.

ANDRÉS: Violeta, estás siempre tan desubicada. *(A Víctor)* Por mí te puedes largar. No te necesito. No te necesito para nada.

(Entra en la caverna.)

VIOLETA: No te vayas de esta casa, Víctor, por favor. Todavía no te vayas. No me dejes sola con Andrés. Por favor, no me des la espalda.

VÍCTOR: *(La abraza.)* Nunca te daría la espalda, Violeta. Nunca. Pero ahora tengo que salir porque creo que si no, soy capaz de matar a Andrés. Te juro que volveré mañana. Mañana lo veremos todo con más claridad. Y lo arreglaremos juntos. ¿Te parece bien? ¿Confías en mí?

VIOLETA: Sí, confío en ti.

(Victor se va. Violeta sigue ante la puerta de la caverna.)

(Es de noche. Violeta está en camisón ante la puerta de la caverna.)

VIOLETA: Andrés, ¿estás ahí? ¿Andrés? Sal un momento, por favor. Quiero hablar contigo.

(Cuando Andrés sale, Violeta intenta colarse a la fuerza en la caverna, pero él logra impedirlo.)

VIOLETA: Dame la llave.

VÍCTOR: No. Eso es imposible.

VIOLETA: Quiero saber qué está pasando en mi casa. Alguien llora. Una niña llora. No puede ser que solo yo la oiga.

ANDRÉS: Te aseguro que ahí adentro no hay ninguna niña. Y los únicos gritos que se oyen por la noche son los tuyos.

VIOLETA: ¿Sabes por qué grito, Andrés?

ANDRÉS: Porque tienes pesadillas. No hace falta que armes un drama por eso.

VIOLETA: Cada noche me despierto con los brazos completamente dormidos. Y por un momento estoy segura, absolutamente segura de que ya no tengo brazos, porque me los han amputado. Es un momento eterno. El corazón me late con una fuerza que no parece mía. Y aunque logre acordarme de que eso ya pasó otras noches, pienso “esta vez sí, esta vez es cierto que ya no tengo brazos”. Entonces grito. Grito y me doy cuenta de que alguien grita conmigo. Oigo gritar a una niña. No puede ser que solo yo la oiga. Grita ella, grito yo, es como si gritáramos a la vez y calláramos juntas. Y sé que tú eres responsable de esos gritos. Ahí adentro hay alguien que grita. Así que dame la llave.

ANDRÉS: Escribe a tu crítico.

VIOLETA: ¿Qué? ¿Eso es todo lo que se te ocurre decirme? ¿Que le escriba a mi crítico?

ANDRÉS: Él te ama, ¿no? Pues háblale de tus pesadillas. Pídele consuelo.

VIOLETA: Le he hablado de mis sueños y se ha vuelto mudo, me da la espalda, finge que no existo. ¿Cómo se te ocurre pensar que le pueden importar mis pesadillas?

ANDRÉS: Aquí adentro no hay nada que debas ver, Violeta. No hay ninguna niña. No hay ninguna mujer. Lo único que hay es un experimento fallido, nada que esté vivo ni merezca estarlo. Y eso que llamas gritos no son gritos, son... otra cosa. Pero no te preocupes, dejarás de oírlos. A partir de esta noche dejarás de oírlos. Vete a la cama, escribe a tu crítico y duerme sin pesadillas. No me dirás que no tienes ganas de escribirle.

VIOLETA: Es mi amor, no le llames mi crítico. Claro que tengo ganas de escribirle.

(Violeta se marcha a su cuarto. Andrés entra en la caverna y vuelve a salir enseguida, dejando la puerta abierta. Saca una jeringa del bolsillo de su bata para preparar el sacrificio. Nadia 2 sale de la caverna y se pone a jugar con la muñeca de Violeta, hasta que Andrés la atrae hacia él y le da una inyección letal. Después entra en la caverna con el cuerpo sin vida de ella y él también se da muerte.)

(Es de madrugada, después del sacrificio. La luz de la luna se cuele por la ventana del salón silencioso. Entra Violeta con una carta en la mano, se sienta ante el ordenador y empieza a escribirle al hombre que ama. A medida que avanza la escritura se oye grabada la voz de Violeta diciendo las palabras de la carta. Mientras, vemos transcurrir la noche y la espera de Violeta, que no es una espera quieta, sino la espera de una mujer enamorada. La carta probablemente no es perfecta. Es la carta de alguien que aún no ha aprendido a amar sin esperanza. El amor que la inspira no es divino, sino humano, pero es amor verdadero.)

Mi querido César,

Me he sentado a escribirte porque mi hermano quiere que te hable de mis pesadillas. Pero yo prefiero hablarte de mis sueños, esos sueños míos donde todavía apareces para que nos amemos en el sentido más literal, físico, cierto: con el alma intacta, con el cuerpo entero, con palabras, mudos y hasta la extenuación.

Espero no parecerte impertinente. Creo que sabrías disculparme si supieras cuántas veces te he escrito cosas bellas, o dulces, o lúcidas, que envejecen sin que las leas, que oscurecen mi luz porque te pertenecen pero al darme la espalda las niegas y me niegas. He inventado tantas maneras inútiles de decirte “escúchame” cuando lo que en realidad querría es abrirme el pecho y decirte “mira”, extender una mano y decirte “toma”, desnudarme entera y decirte “lee”.

Temo escribirte y que sólo me devuelvas silencio, pero recojo fuerzas esta noche al recordar que un día estuve segura de tu amor, tan segura como lo estoy del mío. Sé que el amor no desaparece como el humo ni se extingue como la débil llama de una vela. Todo amor verdadero arde en el tiempo, permanece, tarde o temprano alumbraba.

Cada vez que leas esta carta volverá a ser verdad que te amé tanto. Cómo me gustaría estar hecha tan sólo de palabras, para que pudieras leerme tan fácilmente como a esta hoja de papel, para que me sostuvieras en tus manos como una página que dice algo verdadero y te temblara el pulso, conmovido; cómo me gustaría ser tan sólo de papel y de tinta, tan sin carne, para no tener que llevar todo el tiempo conmigo este cuerpo que

tú ya no evocas. Se te olvidan tantas cosas. Tu paraíso se parece a la isla de los lotófagos, donde los hombres, para quedarse vacíos, devoran con ansia esas flores que los llenan de olvido. Me gustaría que me dejaras ser al menos una de esas flores, y te llenaras de mí para olvidarte de tanto... para olvidarte hasta de eso que te hace desear el olvido.

Ya sé que estás cansado, pero mi cuerpo también puede ser un buen lugar donde descansar, tan dócil como la imagen más tierna que se te ocurra. No te pido migajas; te ofrezco el cielo.

No es verdad que este amor sea mentira. Si estuvieras aquí, con un abrazo furioso, te expresaría mi deseo de que fueses real.

Ahora te suplico que me retires tu silencio, porque el dolor que me produce es incalculable. Recházame con dulzura si has de hacerlo y acepta esta carta como amorosa despedida. Recuerda, amado mío, los versos de Yeats:

*“He extendido mis sueños a tus pies,
camina con cuidado, porque pisas mis sueños”.*

tu Violeta

(Al terminar la lectura de la carta, Violeta consulta su correo electrónico por tercera vez, siempre con miedo, siempre con esperanza. Esta vez la respuesta está allí.)

VIOLETA: *(Al leer el nombre del hombre que ama en la bandeja de entrada.)* Gracias, gracias, gracias, gracias...

(Cuando abre el correo, la respuesta ha de verse necesariamente proyectada. Es ésta: “Sólo sigo a rajatabla tus deseos más compartibles: nada de mails”.)

(Al principio ella no entiende lo que lee. Después se quiebra y sigue sin comprender. Tal vez seguirá toda su vida sin comprender. Pone el aria final de El triunfo del tiempo y del desengaño. Es el aria donde la Belleza, vencida, pide ayuda a la sabiduría infinita del cielo, esa que enseña a amar con dignidad. Tal vez a amar sin esperanza. Cuando el dolor es demasiado grande para seguir quieta, Violeta abandona el salón. Al cabo de

un momento entra Víctor. Ve en el espacio pequeños signos de que algo ha ocurrido, por ejemplo la música, de una belleza sobrecogedora.)

VÍCTOR: ¿Violeta?

(De pronto, Víctor enmudece y se queda mirando hacia el pasillo. Luego se deja caer en el sofá. Aparece Violeta. Está completamente desnuda. Avanza hasta su amigo, se sienta en su regazo y se acurruca en sus brazos. Víctor la acoge. Se quedan quietos. Si ella le preguntara “¿en qué estás pensando?”, él respondería “me pregunto cómo es posible esta ternura tan grande”. Pero ella ni puede ni necesita preguntarle nada. Sigue proyectada la respuesta del hombre. En algún momento se sustituye por estas otras palabras: Amar sin esperanza es sobrevivir al desamor logrando que quede intacta la ternura.)

Madrid, de febrero a agosto de 2011